

vías, tan evidentes los principios, tan exactas las consecuencias, tan convenientes y oportunas las aplicaciones, una simple exposicion de todo esto parecia relevamos de dar un paso mas en la carrera de la discusion sobre la importancia y superioridad del principio teológico aplicado á la difusion de las luces, al arreglo de la conducta y á la civilizacion de los pueblos. Pero la oposicion nos estrecha demasiado: nada se perdona para rodear al clero con los recelos y la desconfianza pública: la filosofía esgrime todo género de armas para combatir á la Iglesia. ¡Calláramos, cuando la experiencia práctica no es ménos fecunda en pruebas, que la razon especulativa, sobre la bella causa de las instituciones católicas! No serémos mui prolijos; pero si procuráremos llamar, aunque pasajera, la atencion de nuestros lectores hácia los efectos sociales del plan de enseñanza y educacion que acabamos de bosquejar. Tambien mencionáremos algunos de los innumerables ejemplos de extravío, descrédito y desconcierto que tan abundantemente nos suministra la historia política del pasado siglo, ménos para persuadir á los católicos verdaderos é ilustrados, que nada disputan á nuestra Madre la Santa Iglesia, que para ser el órgano suyo, defendiendo en comun, contra los reiterados ataques de tantos enemigos, como se han conjurado al mismo tiempo para extinguir la religion y dequiciar la sociedad, la bella causa de nuestros principios y de nuestras esperanzas.

TERCERA PARTE.

Desde el principio del cristianismo empezó á obrarse en la sociedad una feliz revolucion, que apoderándose insensiblemente de todos los elementos antiguos, llegó á cambiar el aspecto general de las ciencias y las artes, regularizó y dió mayor firmeza á las instituciones políticas, y fijó los caracteres invariables de una historia que lleva el título de *moderna* desde que el Evangelio fué anunciado á los hombres. Un reino que no es de este mundo vino á plantearse en la tierra. Dirigido únicamente á los últimos destinos de la criatura, traia su origen de los cielos y colocaba su fin en la eternidad. Sin embargo, no pudiendo separarse la conducta espiritual de la otra conducta, todo quedó sujeto al principio: las ciencias, las artes,

la legislacion, la educacion pública y privada; todo entró en los magníficos planes de la Iglesia; y sus designios quedaron tan unidos con los de la sociedad, que ni el poder temporal abandonaba el principio religioso, ni la Iglesia tampoco perdió nunca de vista las mejoras positivas y el verdadero progreso de la sociedad civil.

I.

Una larga y profunda experiencia hizo comprender á los reyes lo mucho que importaba para la estabilidad de los gobiernos el influjo de la sociedad eclesiástica; y el particular estudio de las causas á que debian atribuirse resultados tan plausibles, persuadió plenamente á los sabios, que todo era debido á la enseñanza y educacion, cometidas casi generalmente á los ministros del Santuario. Con caracteres tan espléndidos fué reconocida la mision de la Iglesia; y la sociedad civil, ménos exclusiva entónces, pero mas firme y segura en sus pretensiones, no llegó á dudar que la mision de la enseñanza y de la educacion de la juventud estaba comitada por el Divino Fundador del cristianismo á este respetable cuerpo, que no lleva el título de *luz del mundo y sal de la tierra*, sino porque recibió desde el principio el doble tesoro de la ciencia y de la moral, para tener á su cargo la importantísima custodia de la verdad y la virtud.

Recorramos esas páginas ilustres que han ido consignando sucesivamente á la admiracion y enseñanza de la posteridad las obras esclarecidas é inmortales del genio, del talento y de la virtud. Busquemos el principio conservador de las obras maestras del arte y del saber antiguo, que han llegado hasta nosotros al través de las edades, y á pesar de la pugna de los siglos por borrar hasta los últimos los vestigios del saber y la inteligencia. ¿Quién regularizó la filosofía? ¿quién extendió indefinidamente el círculo de los conocimientos humanos? ¿quién desarmó la tiranía de los reyes? ¿quién entrenó la osadía de las masas? ¿quién acabó con la barbarie antigua? ¿quién zanjó los cimientos de estas instituciones políticas que han tenido mas orden, mas regularidad y mas apoyo? ¿quién ha convertido el poder público en un ministerio de paz y de bien? ¿quién ha dado á la Europa su Derecho público? ¿quién ha sometido á una constitucion inviolable la conducta de los guerreros?..... ¿Queremos más? Revolvamos esos códigos que han regido al mundo por tantos siglos, y preguntemos por las escuelas y los maes-

tros de sus autores: atendamos á esas naciones bárbaras, dócilmente sometidas á las instrucciones del clero, civilizadas por la moral religiosa despues de haber hecho caer el imperio de Roma; visitemos esa multitud innumerable de establecimientos abiertos á la hambre, á la desnudez, á la ignorancia, á la humanidad herida por el dolor, á la mendicidad pública, á la infancia abandonada, á la hospitalidad universal: recordemos aquella sociedad esparcida por el globo que en ménos de tres siglos pasó la revista general de todas las ciencias, de todas las artes, de todas las virtudes, y cuya extincion fué considerada como un golpe de muerte descargado sobre la ciencia, sobre la piedad y sobre las costumbres. ¿Cuáles fueron, pues, las escuelas de los Padres de la Iglesia? ¿en qué colegios estudiaron los apologistas del cristianismo? ¿dónde pasaron su juventud literaria los genios mas insignes que han dado mayor lustre á todos los ramos del saber humano? ¿á qué clase de profesores debieron su educacion literaria un Renato Descártes entre los físicos, Malebranche y Pascal entre los metafísicos, Labruyere y Muratori entre los filósofos moralistas, Santo Tomás y Bossuet entre los teólogos insignes, D' Aguesseau, Domat y Pothier entre los grandes jurisconsultos, Rollin y el Abad Fleuri entre los historiadores? ¿Qué dirémos de la elocuencia y de la poesía? Recordar las escuelas de Racine, Delille, Massillon y Bourdaloue. Pero sin sentirlo, estamos menoscabando la autoridad histórica de nuestro asunto, con empeñarnos en la cita de los grandes nombres: porque tratándose de la influencia del clero en el progreso de las luces, prolijo empeño seria el de recorrer uno á uno los personajes ilustres que han sacado de las escuelas eclesiásticas el esplendor purísimo que han derramado por el mundo. En este punto es necesario, sin duda, substituir las instituciones á las personas, y los siglos á los colegios; recordar que los eclesiásticos ilustres preparaban los reinados célebres, recibiendo á su cargo la educacion de los príncipes; que la Iglesia y sola ella sacó por segunda vez de la nada la luz de las letras profundamente hundidas en la noche de la edad media; sostener con toda la firmeza de la conviccion, que ningunos de los grandes genios que han ilustrado con sus obras eminentes la carrera de diez y siete siglos, desconoceria sin ingratitude la enseñanza y la educacion de la Iglesia, como su primera cuna; citar para gloria de tan buena causa los bellos siglos de Leon X y de Luis XIV; y no echar en olvido que un monarca filósofo, léjos de ceder á las inspiraciones de sus amigos, cuando pretendian indisponerle con-

tra la educacion eclesiástica; abrió sus Estados á la Compañía de Jesus, para poner en manos de ella la educacion del pueblo, en los instantes críticos en que una parte de la Europa acababa de hacerla el mas completo despojo de esta mision venerable que habia desempeñado con tanta gloria. ¹ Estas épocas ilustres son tan favorables á la causa del clero, por su esplendor científico y literario, como el siglo décimo octavo por el trastorno de los principios y la perversidad suma de las doctrinas. Están aun por aparecer los genios que han de opacar el esplendor de aquellos que han sacado su luz de los colegios eclesiásticos; y parece que á medida que el siglo mejora su criterio, se inclina mas y mas á la causa de la educacion católica. ² El autor del *Genio del cristianismo* parece haber consagrado todo su talento á la persuacion de estas grandes verdades, y las páginas mas bellas de aquel libro inmortal son inconcusamente las que indemnizan á la Santa Iglesia de esos amargos reproches que la han hecho los filósofos incrédulos, cuando se trata de las causas que aceleran ó retardan los progresos del entendimiento humano.

II.

Permitasenos ahora, para concluir esta reseña histórica, consignar, aunque en extracto, las principales ideas que so-

¹ He aquí lo que escribia Federico á D' Alembert, con motivo de la fuerza y armonia con que este filósofo se habia explicado contra los Padres de la Compañía de Jesus. "¿Cómo cabe tanta hiel en el corazon de un filósofo? dirian los padres jesuitas, si llegasen á saber el modo con que en vuestra carta os expresáis acerca de ellos. Yo no les protegí cuando fueron poderosos: en su desgracia no descubro en ellos, sino personas literatas, que con dificultad podrán ser reemplazadas en la educacion de la juventud. Y este objeto precioso es el que me les hace parecer necesarios; porque entre todo el clero católico del pais, ellos son los únicos que se aplican á las letras. Así que, ninguno me sacará un jesuita, por mas que haga; pues me hallo interesadísimo en conservarles." Véase la obra de Mozzi, titulada: *Proyectos de los incrédulos*.

² Véase á BONALD en la *Législation primitive*, tom. III, *De la éducation dans la société.—Théorie de l'éducation sociale*, lib. I.—THOUREL, *Origen de las sociedades*, tom. 2.º *cuart. cuést.* Llamamos, por último, la atención de nuestros lectores hácia el juicio comparativo que puede formarse bajo este aspecto entre la revolucion última de Francia y la del año de 1789. Si examinamos tambien las causas ménos visibles que han hecho aparecer las diferentes ramas de la escuela socialista, qué sabemos, si en el fondo comun de tantos delirios vendriamos á sorprender una realidad importante, en la necesidad absoluta que los mismos enemigos de la religion sienten hoy de volver al principio religioso, principalmente en el sistema de educacion, para regenerar la sociedad.

bre este punto hallamos en un libro ¹ de grande celebridad en el día, y de no poca autoridad, aun para aquellos que se han filiado bajo la bandera del progreso. El clero ha constituido á la Europa moderna: tuvo la misma autoridad sobre los pueblos y sobre los reyes. Durante los cuatro primeros siglos en que el mundo entero se disolvía para rehacerse, el clero fué el vínculo de la sociedad humana..... En el siglo quinto, cuando sucedió la irrupcion de los bárbaros sobre el Occidente, el clero fué quien protegió á los pueblos por el ascendiente de su palabra, preparando el fenómeno, único en la historia de las conquistas, de que los vencidos adquiescen el mas pleno dominio sobre sus vencedores, con solo el hecho de imponerles sus creencias: obteniendo así la servidumbre el mas bello triunfo sobre la victoria. El clero fué quien dominó la barbarie, organizando la libertad, ya que no le fué posible organizar el poder, y sien el protector celoso del pueblo contra todas las tiranías. Despues de los tiempos críticos en que las incursiones de los Normandos, las querellas de los príncipes y la confusion de los derechos hicieron caer sobre el clero las espesas sombras de la barbarie, de la corrupcion y de las desgracias de la época; el elemento de su conservacion, que no estaba condenado á sucumbir en las vicisitudes humanas, el espíritu de religion, levantándose por entre las borrascosas sombras, é imponiendo silencio á todos los elementos conjurados contra la suerte de la sociedad, puso fin á todos los trastornos; y allanando todos los obstáculos, para dejar libre la carrera de las luces que iban á reaparecer, volvió á colocar al clero en su debido rango. Ya desde el siglo XII la palabra *clero* pasó á ser sinónimo de *ciencia*; y *clérigo* importaba tanto como *sabio* y *estudioso*. Bien pronto comenzaron los grandes trabajos en el silencio de los claustros, y á estos trabajos debemos la mayor parte de los monumentos de la literatura griega y romana.

III.

Es preciso detenernos á reflexionar un tanto sobre el estado moral de los pueblos en los siglos XIII y XIV, si queremos formarnos una idea de los esfuerzos que debieron hacerse en la Iglesia, no ménos para conservar intactas las grandes nociones de la justicia y de la virtud huma-

¹ Dictionnaire de la conversation et de la lecture. Artiel. *clergé*.

na, que para impulsar y sostener la marcha del mundo por los entónces estrechos y espinosos senderos de la civilizacion. Sin el clero, no se hubiera conocido en el mundo sino la dominacion de las armas; pero con él, esta dominacion adquirió un temperamento consolador. Mientras los señores ejercitaban á todo viento y marea el terrible derecho de la espada; el clero llamaba hácia los hombres los deberes de la humanidad, bien así como, en el torbellino de aquellas rivalidades sangrientas que mas de una vez desolaron á la Europa, el clero tuvo siempre nobles palabras de libertad que arrojar á los tiranos. Los Obispos fueron los protectores natos del pueblo; las Iglesias constituían su asilo, y el púlpito vino á ser una tribuna, de donde partieron mil veces los mas terribles acentos contra la opresion.....

IV.

Estalló el protestantismo en el mundo, preconizando una libertad, que no era sin duda ni la de la religion ni la de la ciencia. Esta libertad, ganando igual terreno en la moral que en la política, y llegando á enseñorearse del mundo, naturalmente hubiera debido conducir á la sociedad, por una carrera no interrumpida de turbulencias y trastornos, hasta una situacion mas lastimosa que aquella á donde tendian á impelerla, en los tiempos de barbarie, los poderes indómitos de las antiguas tiranías. El clero entónces, á quien hemos visto ya, en los tiempos anteriores á la reforma, puesto del lado de la libertad para defender á los pueblos de la opresion, se antrincheró despues, digámoslo así, tras el baluarte de la unidad católica, y se colocó bajo las banderas de la autoridad y de la lei, para defender á la sociedad vivamente amagada por el depotismo de la razon y la anarquía de la creencia. "Esta fué, dice el autor citado, una época de grande restauracion; y mientras el protestantismo, dividido en mil sectas, recorria el mundo estableciendo la anarquía en el pueblo y el despotismo en el poder; el clero católico reformaba los abusos, volvía los hombres á la fé, reanimaba la caridad, creaba instituciones, vigilaba sobre la educacion pública y arrojaba de todas y por todas partes semillas de virtud y de luz."

"El clero no ha sido extraño á ninguna clase de progresos intelectuales: habia formado la lengua en las predicaciones, antes que los escritores la hubiesen formado en los libros. Nada es comparable con los trabajos del clero en

la historia, en las ciencias, en las letras. Un beneditino era una academia viva; y hemos necesitado nada menos que á un BOSSUET, para tener una idea de la elocuencia de Demóstenes."

V.

Después de haber desempeñado durante el siglo XVII, con tanta dignidad y tanta gloria, la noble misión de que tratamos, el clero tenía que sostener la mas terrible prueba que le han presentado los siglos. Vino el décimo octavo, y con él una graduacion, desigual, lenta y aun insensible en sus principios, impaciente y activa en sus medios, indómita y cruel en sus fines, de persecuciones diversas, en que se le disputaba todo, desde su filosofía hasta su existencia material. ¡Y qué sucedió! Oigámos aun al autor citado. "Después de haber enrojecido con su sangre los santuarios, salió de ellos penosamente, para ir á arrastrar entre los otros pueblos sus restos mutilados. La Inglaterra lo mismo que la España, la Alemania no menos que la Italia, le abrieron asilos y le acogieron con admiracion y con amor; dando un testimonio, con estos distinguidos homenajes, de que el clero se conservaba digno de recobrar algun día su misión interrumpida de enseñar á los pueblos, y de conducirles igualmente al orden y á la libertad."

VI.

Sus glorias en el presente siglo, empiezan, no lo habremos olvidado, con aquella resistencia noble y victoriosa, que opuso á los avances del Capitan de los tiempos modernos. "Pretendió Napoleon tender su espada sobre la inteligencia, y acabó su poder. Atacó á la Iglesia; y como ya la habia despojado de sus dominios, creyó fácil dominarla en sus creencias. El clero entonces, diezmando como estaba, envejecido, fatigado y consumido por tantas luchas, cuando ya no contaba sino con su miseria y con su fe, resistió al vencedor de la tierra: ejemplo fatal para él, pues la Europa no llegó á conmoverse para destruirle, sino cuando le vió tocar aquella frente que llevaba, como la de Moisés, el rayo celestial!"¹

¹ LAURENTIE. Artículo citado.

Concluyamos: la Iglesia católica no es ménos grande en la época en que estamos escribiendo, que en las mas gloriosas de su historia. Ahí está con su influencia universal, con su doctrina divina, con sus antiguos é ilustres establecimientos. Sus ministros recorren el mundo, difundiendo la civilizacion, y propagando la fe; sus escuelas están en todos los pueblos que el sol visita en su vasta carrera; y aunque cierta filosofía y cierta política intentan despedirla al mismo tiempo de las academias y de los palacios, ella domina sin esfuerzo por donde quiera que existen la inteligencia y el corazón. La caridad pertenece á la Iglesia; y "la caridad, segun la bella frase de Fenelon, va mas léjos que el orgullo."¹ "Nuestros Misioneros, dice Lacordaire, están en todas partes; en las escalas de Levante, en Armenia, en Persia, en las Indias, en la China, en las costas de la Africa, en las islas de la Oceanía: en todas partes su voz y su sangre hablan á Dios del país que las derrama por el mundo. Nuestro oro tambien corre por todo el universo en servicio de Dios: hemos fundado la *Asociacion para la propagacion de la fe*, ese tesoro del apostolado, sacando sueldo por sueldo del bolsillo del pobre, y llevando cada año recursos reales á las misiones mas lejanas de la verdad. Los hermanos de las escuelas cristianas, revestidos de su humilde hábito, atraviesan incesantemente las calles de nuestras ciudades, y en vez de los ultrajes que recibian con demasiada frecuencia, no encuentran hoy mas que las miradas benévolas del obrero, el respeto de los cristianos y la estimacion de todos. Apóstoles oscuros del pueblo..... crean sin ruido, introduciendo á Dios en la enseñanza elemental, una generacion que reconoce en el sacerdote un amigo; y en el Evangelio el libro de los pequeños, la lei del orden, de la paz, del honor y de la fraternidad universal. No solo reciben la infancia á sus lecciones, sino que atraen á sí al adulto, y reconcilian su hábito con la chupa de buriel, y la tosca mano del trabajador terrestre con la mano modesta del trabajador religioso. ¡Queréis un espectáculo mas consolador todavía, y que no llegó á tener ejemplo en la antigua Francia? Mirad: he ahí adolescentes, estudiantes, jóvenes, colocados á la entrada de todas las carreras civiles é industriales, sin distincion de rango ni fortuna: la caridad cristiana les ha reunido, no para ayudar al pobre con un dinero *filantrópico*, sino para visitarle, hablarle, tocarle, ver y conocer su miseria, y llevarle, con el pan y el vestido, el rostro piadoso de

¹ *Sérmon de la Epiphánie.*

un amigo. Cada ciudad, bajo el nombre de *Conferencia de San Vicente de Paul*, posee una fracción de esta joven milicia, que ha colocado su castidad bajo la guardia de su caridad; la mas hermosa de las virtudes bajo la mas hermosa de las guardias.¹

Pues bien, esta es la Iglesia católica: este es el gran cuadro de aplicacion que da constantemente á sus principios y á sus máximas. Su conducta está en el mayor grado de publicidad, y en el mas alto punto de consecuencia. Ella toca igualmente á la inteligencia con sus principios, á la sociedad con su historia. Debiera estar ya pacífica, porque no hai institucion que cuente con la milésima parte de sus títulos: pero este reposo no será, por cierto, como no ha sido, una conquista suya: es militante por naturaleza, y su perpetuidad no será la de una roca inerte, sino la de una nave que flota siempre entre las tempestades del Oceano, y que así domina las olas en los tiempos de la borrasca, como preside al dilatado elemento en los pasajeros instantes de la serenidad. ¿Y la filosofía? ¿Y la política anticatólica? Estamos de buena fe, y aseguramos, que nos fatigamos inútilmente por encontrar esos objetos que debian realizar sus previsiones, y descubrir una sola institucion perfecta y estable que haga brillar en sí los caracteres sublimes de la inteligencia y del poder, ó mas claro, de la verdad y la virtud. Si nos propusiésemos argüir aquí con el sistema de los inconvenientes; si ménos atentos al interes de nuestra causa que á las inspiraciones del amor propio, nos propusiésemos poner en claro toda la monstruosidad que caracteriza la conducta de nuestros adversarios; si consagrásemos nuestra atencion hácia ese conjunto maravilloso de absurdos, contraprinicipios é inconsecuencias que pululan en el reducido periodo de la revolucion francesa; la materia no podia ser mas fecunda. Pero hai puntos que no deben tocarse sino con una prudente reserva; y por tanto, reduciéndonos aquí á lo mui preciso, vamos á ofrecer un contraste bien notable á la verdad, sin salir de aquella misma tribuna de donde partieron todos los rayos que lanzaba la filosofía contra las instituciones mas augustas y venerables que habian quedado en pié triunfantes de todas las vicisitudes de tantos siglos.

¹ Sermon sobre la vocacion de la nacion francesa: predicado en Nuestra Señora de París el 14 de Febrero de 1841.

VII.

Fulminada la sentencia de destruccion, se trató ya de reedificar: entónces la filosofía, campeando sola, sin rival y sin obstáculos, se apoderó de la tribuna, para anunciar al mundo su gran reforma social, fundada en un sistema nuevo de enseñanza y educacion. Esecuémosla, pues, hablando por la boca de sus órganos mas fieles y entusiastas. “Debéis á la nacion francesa, decia Condorcet, en Abril del año de ‘92, á la asamblea legislativa, una instruccion al nivel del ‘siglo décimo octavo, de esta filosofía que, ilustrando la generacion contemporánea, presagia, prepara y acelera la razon superior á donde llaman á las generaciones futuras los ‘progresos necesarios del género humano.”

“Tales han sido nuestros principios; y en consecuencia, ‘hemos escogido y clasificado los objetos de la instruccion ‘pública, sin separarnos en un punto de esta filosofía, libre ‘de todas las cadenas, exenta de toda autoridad, y desasida ‘de todo hábito antiguo.”

He aquí los principios que fundaban el famoso sistema. La creencia quedaba proscrita, y la educacion, por lo mismo, aniquilada. ¿Queréis empero una indicacion mas explícita y terminante? Atended. “Los principios de la moral ‘que se enseñen en las escuelas é institutos, serán aquellos, ‘que fundados en nuestros sentimientos naturales y en la ‘razon, pertenecen por igual á todos los hombres..... Era ‘pues rigurosamente necesario *separar de la moral los principios de toda religion particular, y no admitir en la instruccion pública la enseñanza de ningun culto religioso.*”

Veamos pues aquí todos los medios; que en buen análisis equivalen á la organizacion del ateismo en las escuelas públicas. Inconcebible parece que hayan prevalecido estas ideas en el recinto de una asamblea de legisladores. ¿Qué objeto tiene la educacion? Formar el carácter, prevenir la voluntad, para que no sucumba en medio de las vicisitudes diversas por donde siempre se pasa en la carrera de la vida. ¿Y cuál es el motivo en que fundaba Condorcet estas opiniones tan extrañas? La necesidad, en su concepto, de que ‘pudieran subsistir juntos el cambio frecuente de las opiniones de un hombre en el discurso de su vida.” (son sus palabras), “y los principios establecidos sobre esta basa, para ‘que no llegara á suceder que los hombres imaginasen He-

nar sus deberes, violando los derechos mas sagrados; y obedecer á Dios, traicionando á su patria.”

He aquí el gran proyecto, el esfuerzo sublime de todo un siglo filosófico, el soberbio plan cuya práctica debia regenerar al mundo científico, al mundo político y al mundo moral. Y no imaginéis, que nos proponíamos medrar con la impostura: pues para no servir aquí ni aun de intérpretes á la filosofía, el mismo Condorcet nos hará una pintura fiel de los grandes resultados que ya su imaginacion le presentaba en un lejano porvenir. “Ha de llegar sin duda un tiempo, decia, en que las sociedades sábias instituidas por la autoridad serán superfluas, y desde luego peligrosas; y aun en que todo establecimiento público de instruccion vendrá á ser inútil: este tiempo será aquel en que ya no haya de temerse ningun error general; en que las causas que llaman el interes ó las pasiones al socorro de las preocupaciones, hayan perdido su influencia; en que por igual serán derramadas las luces, así por todos los lugares de un mismo territorio, como por todas las clases de una misma sociedad; en que todas las ciencias y sus aplicaciones quedarán igualmente libres del yugo de todas las supersticiones y del veneno de las falsas doctrinas; en que cada hombre, por fin, hallará en sus propios conocimientos, en la rectitud de su espíritu, armas suficientes para repeler todas las astucias de la charlatanería. Mas este tiempo está todavía mui lejano: nuestro objeto, por lo mismo, debe ser preparar, acelerar la venida de esta época, y al empeñarnos tanto en formar estas instituciones nuevas, debemos tener la mira de acelerar el arribo de ese instante feliz en que estas instituciones lleguen á ser inútiles.”¹

¿Qué decir de todo esto? Si no lo viéremos escrito, si la historia no lo consignase de una manera tan expresa, ¡hubiéramos podido concebir que á tanto llegarían los arranques y delirios de la filosofía del siglo décimo octavo, que habia de hacer entrar en sus previsiones la quimera de que vendría á quedar abolida un tiempo aun la necesidad de la enseñanza y educacion, hasta el extremo de despreciarse por inútiles, ó proscribirse por peligrosos, los establecimientos públicos erigidos con tan importante objeto? Pero en fin, el grito de estos filósofos, engrosando, en proporcion de la distancia que recorria, con los ecos entusiastas y frenéticos de una multitud enagenada, precipitó en la de-

¹ Rapport sur l'organisation générale de l'instruction publique, fait á l'Assemblée législative.

mencia, en el delirio, á la nacion mas culta y mas civilizada de la Europa: el pueblo francés esperaba sin duda el ver realizadas las predicciones de estos nuevos profetas. ¿Pero qué sucedió? Todo el mundo lo sabe; y nosotros, que no queremos abrir esas páginas de insensatez, de frenesí, de furor, de incontables errores y horrorosos crímenes, nos limitaremos á hacer escuchar, como lo hemos prometido, la voz de otro magistrado, que diez años despues, clamaba en la misma tribuna por una urgente reforma, en vista de los tristes resultados que habian producido en la sociedad las ideas de 92 y los establecimientos que se plantearon conformes con ellas. Alude á un proyecto de lei, que sin tener acaso todas las exageraciones que pululan en el discurso de Condorcet, guarda un profundo silencio en materia de religion. Oigámosle, y en el concepto de que quien habla, no es un clérigo, ni un partidario del clero, sino un hombre desengañado, que no vendria sin credenciales á figurar con honor entre los mas notables progresistas.

“Pocos dias ha, decia Mr. Darú, que el legislador ha reconocido que casi la totalidad del pueblo francés profesa una religion, y la universalidad de los ciudadanos funda en esta declaración la esperanza de la felicidad y de la tranquilidad del Estado.”

“Yo uno estas dos ideas, y no puedo, por lo mismo, ver sin extrañeza, que el proyecto de lei sobre instruccion pública no diga cosa alguna sobre las ideas de religion que deben darse á los niños.

“La lei deja á todos los ciudadanos una libertad indefinida para elegir entre todas las opiniones religiosas, y reconoce la existencia de los cultos, no solo como constante, sino como útil al orden público y á la moral. Si ella lo es en efecto, el orden público y la moral se interesan en que las opiniones religiosas se propaguen; mas aun cuando esta utilidad no existiese, ningun ciudadano ha menester para esto del consentimiento general, pues su fe es independiente hasta de la misma lei.”

“Si este raciocinio no tiene respuesta, como lo creo, solo quedan dos medios para eludir su consecuencia.”

“El primero seria declarar que un padre no tiene derecho para designar la religion en que quiere que se eduquen sus hijos, lo cual seria hacer temblar á la naturaleza, y por lo ménos, espantaria igualmente al padre deísta que á los padres mas crédulos.”

“El otro seria mandar que los niños no oyesen hablar de

religion, sino hasta que su educacion estuviera casi concluida, cuando volviessen al seno de sus familias, cuando estuviesen en estado de elegir, es decir, en el tiempo de la libertad, en la edad de las pasiones. Fácil es preveer cuáles serian las consecuencias de semejante sistema."

"Yo pienso que esta omision tan importante destruiria todas las esperanzas que la lei que se os acaba de presentar, permite concebir."

"Me parece imposible en el estado actual de la legislacion, separar en lo absoluto la religion de la instruccion pública. Digo mas: confieso que sea cual fuere el estado de la legislacion, nunca podria concebir yo una educacion que abstrajese de su sistema todas las ideas religiosas."

Toca el orador el punto del clero, y cubre de ridiculo, sin abandonar la gravedad de la discusion, las sospechas que la política pretexta, para cohonestar su empeño en arrancar de sus manos la juventud.

"Seámos mas consecuentes, dice. Si queremos inspirar ideas religiosas á nuestros hijos, y deseamos que su razon las apruebe un dia, y que su vida toda sea mas pura y mas feliz, no comencemos por ultrajar de antemano, con una desconfianza cruel, á esos hombres á quienes se les acaban de restituir sus augustas funciones: que los sabios den pruebas de lo mucho que aborrecen toda clase de persecucion; que los padres llamen á la religion en apoyo de su autoridad, y estudien con el mayor esmero el carácter, la capacidad, la doctrina, las costumbres del hombre á quien haya del encargarse de abrir estas almas á la palabra celestial."

Voi á reasumir.

"Me parece imposible no admitir la religion en la instruccion pública: porque semejante omision, segun creo haberlo demostrado, paralizaria la instruccion misma: seria injusta para los niños, espantosa para los padres; impolítica, es decir, peligrosa para el Estado."

Alarmábase mucho este orador por ver inutilizadas la multitud de escuelas y establecimientos de la nacion; y como corriéndose á la vista de un fenómeno mui humillante para la filosofía, cual era el contraste que formaban el eterno catálogo de los ramos y la numerosa lista de los profesores, con la escasisima concurrencia de los alumnos, no halló explicacion satisfactoria que dar á este suceso tan mi-

¹ Y esto decia Darú cuando ya los filósofos libertinos llevaban diez años de trabajo, á manos libres, y sin pararse en medios.

serable, sino en la ausencia de la religion, cuyo gran principio hemos recomendado como el único capaz de formar el entendimiento y el corazon. "¿Puede pensarse, decia, que padres religiosos se separasen de sus hijos, confiándoles, por espacio de seis años, á unos profesores que no les diesen idea ninguna de religion, cuando habrian preferido hacer el sacrificio de su fortuna, ó dejar á sus hijos sin instruccion, ántes que mandarles por algunas horas á aprender las ciencias humanas en la escuela de un maestro que les fuera sospechoso de incredulidad ó indiferentismo?"¹

A la vista de este contraste, que con solo el intervalo de diez años, presenta la tribuna francesa en los dos discursos que acabamos de citar, nada nos queda que hacer: esta contradiccion es la mas bella defensa de la causa del clero. Por lo demas, si despues de este exámen, en que de intento hemos procedido tratando de nuestro asunto con independencia absoluta de toda designacion particular, nos es permitido volver nuestros ojos á la situacion actual de nuestra patria, nos reducirémos, hacer una observacion y á proponer una duda. Segun el movimiento de las ideas progresistas y las mas terminantes indicaciones de hoy, todo se dirige á parodiar las ideas de Condorcet: ¿cuánto tiempo de trastornos habrá de pasar, para que le llegue su turno á Mr. Darú? Abandonemos esta duda al criterio de la nacion y á nuestro juicio, para volver sobre nuestro asunto, considerando el resultado individual que de suyo promete el sistema de la Iglesia. Un resto de atencion, y ya concluimos la exposicion de nuestras ideas en materia de principios.

VIII.

Considérese lo que puede ser en la sociedad un hombre formado segun estos principios; y no creemos ya necesario el buscar nuevos argumentos en favor de este plan de enseñanza y educacion, atendidos los resultados que debe producir. Obsérvese con atencion el sistema de sus facultades internas, el carácter de sus conocimientos, la influencia de su saber, las garantias que presenta su conducta, el interes que inspira su trato, la confianza que disfruta por su genio y su carácter; y dígase de buena fe, si nuestras esperanzas tiernas

¹ Choix de rapports, tom. XVII, pp. 127 et 128. (Ed. de Paris de 1822).

en favor de esta juventud preciosa que vemos distribuida en los colegios de la Iglesia mejicana, exigen otra garantía, ó ambicionan otros principios, á fin de ser dignamente coronadas en aquel tiempo que nos reserva la divina Providencia, para que saboreemos los deliciosos frutos de nuestros sacrificios y de nuestros afanes. Ved, si no, á ese jóven formado bajo tan felices auspicios; vedle salir de estas casas dejando para siempre en ellas su reconocimiento y amor: segúidle además en todos los pasos de su carrera pública y privada. No se deja arrebatar de los impulsos frenéticos de una imaginación electrizada, para aumentar el número de esos literatos de improviso, que arrojan al papel lo primero que se les ocurre, con mengua del buen sentido, y hasta con violencia de su propio idioma. ¿Qué decir de su conducta intelectual? El atiende desde luego á la parte útil y provechosa que puede tener el asunto que trata, y ejercita con tino, con orden y con sobriedad las facultadas que ha recibido de la naturaleza. No pertenece al número de los inventores; pero es admitido con gusto en el respetable cuerpo de los sabios. Posee su idioma; pero en vez de abusar de su genio, se empeña en seguir las huellas que han dejado impresas sus mas insignes cultivadores. Es lógico; pero detesta la sofistería: es metafísico; pero sujetándose siempre al valladar que la fe tiene puesto delante de la razón, no se desdenea de proseguir su marcha con agena luz, cuando tiene que incorporarse en esa atmósfera inaccesible donde ya la suya no puede resplandecer por sí propia: es geométrica; pero bastante discreto para no alterar el sistema de la verdadera crítica, está mui léjos de pretender encerrar el mundo moral en el círculo de la verdad geométrica. Emplea en cada órden de conocimientos el criterio que le es propio; y de este modo recorre sin inquietud y con provecho las diversas escalas de las ciencias. Es físico; pero bastante elevado y noble en sus aspiraciones, para quedar satisfecho con la explicación intermedia de algunos fenómenos, y con el conocimiento aislado de la naturaleza física, ata por donde quiera los eslabones que estrechan á Dios con sus obras, y al mundo de los cuerpos con el mundo de los espíritus. No han sido vanos para él todos estos importantes estudios; pues cuando se somete á prueba su saber en la profesion que ha adoptado, muestra, sin pretenderlo al parecer, todas las exquisitas transiciones por donde tiene que pasar el talento para herir con buen éxito la dificultad importante, ó para dejar sólidamente establecida cualquiera verdad de las que abraza

el sistema de sus ideas. ¿Es un ministro de la religion? Véamosle cómo no separa jamás del principio de la caridad el amor á la patria, ni de la buena conducta social el cumplimiento de los deberes religiosos. ¿Es un jurisconsulto? No esperemos que busque en las combinaciones casuales de las circunstancias políticas el espíritu de las leyes, ni en las inspiraciones exclusivas de la recta razón, la ciencia del gobierno y los principios del Derecho universal. Sabe mui bien, que el Pentateuco no es un libro excéntrico de las teorías políticas, ni el cristianismo un acontecimiento extraño al espíritu de las instituciones modernas. ¿Tiene acaso que ocupar un asiento entre los representantes de la nacion, ó que tomar á su cargo el grave desempeño de la magistratura? Mui pronto se precipita sobre él la turba infame, con el fin de ganarle para sus designios: la adulación le asalta, el interes le tienta, el placer le acomete, la sofistería le persigue, la amenaza se le anuncia, las esperanzas tienden sus redes, y el torbellino desolador lucha por envolverle en su estrago. Tal vez en el instante de esta invasión inesperada, se oscurece un tanto la claridad y el despejo de su talento; pero nada importa, porque una fuerza desconocida, y extraña al socorro momentáneo de la inteligencia, le detiene inmóvil en su recta posición. ¿Qué fuerza es esta? Es la fuerza incontrastable de la educación religiosa, que trasforma en hábitos los principios, y las ideas en sentimientos. Sigámosle de cerca en todos los pasos de su vida social. Verdad es, que no conoce los amaños hipócritas de esa civilidad convencional, que ha puesto de acuerdo á muchos hombres en engañarse recíprocamente; pero sabe que no puede justificarse la conducta social, si no se arregla del todo á las inspiraciones del cielo; y que no procede segun estas ideas, sino el que obsequia el amor de los otros, hasta el extremo de ahogar para siempre los sentimientos del odio, y abrir generosamente el corazón hasta á los mismos enemigos. Sabe que la sociedad es un comercio recíproco de sacrificios, y que tanto se atesora en ella con los placeres inocentes que produce, como con los sinsabores amargos que acarrea; sabe que debe obediencia á los superiores, tolerancia á los iguales, amor á sus súbditos: comprende que la religion ha levantado hasta los cielos ese respetable valladar, que la naturaleza y el pudor han colocado entre ambos sexos; y si no se facilita á las indicaciones de una moda que llorarán siempre la religion y las costumbres; tampoco alarmará con su presencia á la madre tímida y al padre zeloso.

Siempre dispuesto al bien, siempre léjos de la hipocresía, prodiga en sentimientos felices cuanto escasea en frases lisonjeras y seductoras. He aquí al hombre formado según el sistema de la enseñanza y educación religiosa. ¿Su formación ha sido completa? Nosotros bien sabemos, que le falta el arte de presentarse con brillo en los públicos festines, el idioma novelesco y seductor que hace el encanto de la tertulia, los copasados movimientos de llegada y despedida, y otros talentos de igual importancia; pero nos resignamos fácilmente con esta pérdida, cuando vemos que no cuesta ella un solo suspiro al saber profundo, á la cultura positiva, al trato verdaderamente social, al interés del individuo ó al bien estar de la nación; y cuando vemos por otra parte, que ese género de habilidad ha venido á ser en nuestros días una profesión aparte, en cuyo ejercicio continuo parece que la sociedad pretende conservar exclusivamente á ciertos hombres, que desprovistos de conocimientos y de serias ocupaciones, no pueden corresponder á sus esperanzas, ni favorecer sus desgnios, ni contribuir á su prosperidad.

CONCLUSION.

22.7.

?

todo.

Vamos á concluir, reasumiendo con suma brevedad las varias observaciones que llevamos hechas para manifestar la unidad, universalidad y verdad de los principios de la Iglesia católica, y las ventajas incontestables de estos principios sobre las teorías diversas de las escuelas racionalistas. El motivo que nos ha decidido á escribir, es este Seminario, no ménos que los ataques dirigidos contra el ciego: nuestro principal objeto es la enseñanza y educación pública. Pero al tocar estos puntos, principalmente á la vista del género de argumentos que se emplean para desvirtuar el concepto que el clero debe á su misión, á sus trabajos y á la opinión pública, nuestro asunto ha debido tener una amplitud muy notable: pues combatidos nuestros planes de enseñanza y educación en el campo de la filosofía por la pretendida limitación de su objeto; el mismo carácter de la controversia nos ha hecho pasar hasta la ciencias, las letras y las artes, relacionar nuestros principios con la mejora de las costumbres, y hacer sensible su influjo en la perfección de la sociedad.

La importancia de la educación, tanto mas sensible entre nosotros cuanto mas penosa es nuestra marcha social;

la necesidad de establecerla sobre principios seguros, únicos que puedan salvarla de esta invasión funesta de doctrinas que luchan tenazmente por conquistar la opinión de nuestro siglo, nos ha determinado á separar el principio, los medios y los resultados de la enseñanza y la educación eclesiástica, procurando partir de las nociones unánimemente reconocidas acerca de los caracteres que debe tener cualquier establecimiento humano, para adquirir derechos incontestables á la buena opinión y aun á la gratitud de los pueblos. Hemos procurado fijar con precisión y exactitud la necesidad de que todo establecimiento se gobierne por un principio, hacer notar la universalidad que el católico tiene en la extensión y en la idea, y demostrar la generalidad de este principio que bajo el nombre de *teológico* figura en el aprendizaje de las ciencias y en la escuela de las costumbres. Definido el *razon y fe en lo especulativo, naturaleza y gracia en lo práctico*, hemos podido ya traerle al paralelo con las escuelas racionalistas, deteniéndonos principalmente en la sensualista, en la ecléctica y en la que no con mucha exactitud lleva el nombre de *teológica*. Nuestra exposición franca y sencilla tiene aquella fuerza que la naturaleza de las ideas y el carácter de los hechos comunican siempre al raciocinio independientemente del talento del escritor. Esta comparación, por otra parte tan fácil, nos ha convencido mas y mas de que el elemento científico y moral de la sociedad ha debido ser, es hoy y no dejará de ser nunca, la armonía entre la razón y la fe, entre la naturaleza y la gracia: armonía que brilla con todo su esplendor, y deja ver toda su fecundidad, en ese gran principio católico que fija el pensamiento y gobierna la acción del cristianismo.

La enseñanza de las doctrinas, la bondad y exacta observancia de las prácticas, la elección de los regentes y maestros: he aquí el principio en acción, el sistema de los medios. Mas como en este triple orden ha sido combatida la enseñanza y educación eclesiástica, nos fué ya indispensable hacer ver la universalidad del principio teológico, la perfección y suficiencia de la educación religiosa, y la importancia del magisterio eclesiástico en aquellos establecimientos que se dirigen á rectificar y enriquecer el entendimiento, no ménos que á formar el corazón.

Para lo primero, hemos recorrido los principales ramos de las ciencias, los diversos géneros de literatura, y aun echado una rápida ojeada sobre las bellas artes. Para lo segundo hemos procurado hacer sensible la influencia de la educación religiosa, siguiendo la acción de la Iglesia desde las prime-